

LIBRO OCTAVO.

Los cementerios toman lo que se les dá.

I.

De cómo se puede entrar en un convento.

En el convento cayó del cielo Juan Valjean, según dijo Fauchelevent.

Saltó por la parte del jardín que formaba el ángulo de la calle Polonceau: el himno angélico que él sorprendió en medio del silencio de la noche era el canto de maitines de las monjas; la sala que entrevió en la oscuridad era la capilla; el fantasma tendido en el suelo era una religiosa en el acto de la reparación; el cascabel, cuyo sonido le sorprendió extrañamente, era el que llevaba el jardinero sujeto á la rodilla.

Después que acostaron á Cosette, Juan Valjean y el tío Fauchelevent habían cenado, como dijimos, pan y queso, rociado con una copa de vino al calor de agradable lumbre; la única cama que había en la casucha la ocupaba Cosette, por lo que los dos hombres se echaron cada uno sobre un haz de paja. Juan Valjean, antes de cerrar los ojos, había dicho al jardinero:

—Es indispensable que me quede aquí.

Estas palabras estuvieron dando vueltas toda la noche en el cerebro de Fauchelevent.

Pero ni uno ni otro pudieron conciliar el sueño. Juan Valjean, al ver que Javert le había descubierto y perseguido, comprendía que tanto él como Cosette estaban perdidos si volvían á entrar en las calles de París. Ya que tuvo la suerte de ir á dar á un convento, debía quedarse allí. Para el desgraciado que se encuentra en su posición, el convento era á la vez el refugio más peligroso y el más seguro: el más peligroso, porque no pudiendo entrar ningún hombre en el convento, al descubrirle le cogían en flagrante delito, y pasaría desde luego desde el monasterio á la cárcel; el refugio más seguro, porque si le admitían y permanecía allí, nadie iría á buscarle. Su salvación consistía en habitar en un sitio inaccesible.

Fauchelevent por su parte se quebraba la cabeza y no comprendía lo que estaba

sucediendo. ¿Cómo estaba allí el señor Magdalena, teniendo el jardín tan gigantesco cerca? Las paredes no se saltan. Cómo es que iba con una niña? Una pared vertical no se puede escalar con un niño en brazos. Quién era aquella niña? De dónde venían ambos? Desde que Fauchelevent entró en el convento no había vuelto á oír hablar de Montreuil-sur-Mer y no sabía nada de lo que había pasado. El señor Magdalena tenía un aspecto que impedía el que le preguntasen, y por otra parte, el jardinero se decía:—No se debe preguntar á un santo. Magdalena conservaba para él todo su prestigio. Solo por algunas palabras que se escaparon á Juan Valjean creyó poder deducir el tío Fauchelevent que el señor Magdalena había quebrado y que le perseguían sus acreedores, ó que se había comprometido en algún asunto político y que tenía que ocultarse: esto no le repugnaba al jardinero, que, como casi todos los campesinos del Norte de Francia, tenía un fondo bonapartista. Si trataba de ocultarse y había buscado asilo en el convento, era natural que quisiera permanecer en él. Pero lo que no podía explicarse de ningún modo era cómo había entrado allí el señor Magdalena y con la niña. Fauchelevent le veía, le tocaba, le estaba hablando y no lo creía. Lo incomprendible se había introducido en la cabaña del jardinero, que andaba á tientas entre mil suposiciones, y solo veía con claridad que el señor Magdalena le había salvado la vida. Esta única certidumbre le bastaba y era para él razón suficiente.—El señor Magdalena no deliberó tanto para sacarme de bajo de la carreta, se dijo. Decidió, pues, salvar al ex-alcalde de Montreuil-sur-Mer.

Esto no fué obstáculo para que se hiciera algunas preguntas y se las contestase á sí mismo del modo siguiente:—Habiendo hecho por mí lo que hizo, ¿si fuese un ladrón le salvaría? Sin duda alguna. Si fuese un asesino le salvaría? También. Si fuese como es un santo? Le salvaré todavía con mayor satisfacción.

La dificultad estaba en ver el modo de que pudiese permanecer en el convento. Ante esta tentativa, casi irrealizable, no retrocedió Fauchelevent, que era un pobre aldeano picardo, sin otros medios que su abnegación y su buena voluntad y su astucia de campesino, puesta esta vez al servicio de una intención generosa, con los que se propuso escalar las imposibilidades del claustro y las duras asperezas de la regla de San Benito. El

tío Fauchelevent, que fué egoísta toda su vida, viejo ya, cojo, enfermo, sin vínculo alguno en el mundo, encontró que era sumamente grato el ser agradecido; y al ver que podía realizar una acción virtuosa, se apoderó de ella, como el hombre que en los últimos años de su vida encontrase á mano un vaso de exquisito vino que nunca hubiera probado y le bebiese con avidez. Debemos añadir que el aire que respiraba en el convento hacia ya muchos años había destruido su personalidad y concluyó por hacerle desear la realización de una buena acción cualquiera.

Tomó, pues, la resolución de sacrificarse por el señor Magdalena.

Acabamos de clasificarle de *pobre aldeano picardo*. La calificación es justa, pero es incompleta. Al punto á que llegamos de esta historia será útil dar alguna idea filosófica del tío Fauchelevent. Era aldeano, pero había sido curial, lo que añadía la trapacería á la astucia y la penetración á la sencillez. Habiendo salido de mal modo de su destino por diversas causas, pasó de curial á pequeño industrial y luego á carretero. Tenía bastante talento natural, pronunciaba bien las palabras, sostenía cualquier conversación, cosa rara entre los labriegos, y sus paisanos decían de él: Habla como un señor de levita. En efecto, Fauchelevent pertenecía á esa clase que el vocabulario impertinente y superficial del siglo pasado llamaba entre *merced* y *villano*.

Fauchelevent, aunque experimentado y trabajado por la suerte, espíritu gastado, que enseñaba ya la trama, era, sin embargo, hombre capaz de un primer movimiento espontáneo; cualidad preciosa, que impide que el hombre sea malo. Sus defectos y sus vicios, porque los había tenido, eran superficiales; pero su fisonomía era simpática al que le veía. Su rostro, aunque viejo, no le cruzaba en lo alto de la frente ninguna de esas arrugas que indican maldad ó estupidez.

Al amanecer, después de meditar bastante tiempo, el tío Fauchelevent abrió los ojos y vió que el señor Magdalena, sentado sobre el haz de paja, contemplaba cómo Cosette dormía.

El jardinero se incorporó y preguntó al ex-alcalde:

—Ahora que estais ya aquí, ¿cómo os lo vais á componer para entrar?

Estas palabras resumían el problema

y sacaron de su meditación á Juan Valjean.

Ambos celebraron una especie de consejo.

—Desde luego, dijo Fauchelevent, habeis de empezar por no salir de aquí ni vos ni la niña. Dar un paso por el jardín nos perdería.

—Es verdad.

—Señor Magdalena, repuso el jardinero, habeis llegado en momento oportuno. Tenemos una monja muy enferma y por eso no habrá ninguna en mucho tiempo que venga por este lado. Parece que se vá á morir: están rezando las Cuarenta-Horas; toda la comunidad está entristecida y no piensa más que en ocuparse de ella. La que vá á morir es una santa: esto no es extraño, porque aquí todos lo somos; no hay más diferencia entre ellas y yo, que ellas dicen: nuestra celda, y que yo digo: mi tabuco. Ahora van á rezar la oración de los agonizantes y después la de los muertos. Por hoy podemos estar tranquilos aquí, pero no respondo de lo que sucederá mañana.

—Sin embargo, observó Juan Valjean, esta casucha está arrinconada á la pared, está oculta por esas ruinas y por esos árboles y no se vé desde el convento.

—Y aun añadido yo que las monjas no se acercan aquí nunca.

—Pues entonces...

Este "pues entonces," significaba: Podemos permanecer aquí ocultos. A lo cual respondió el jardinero:

—Pero es que no sucede eso con las niñas.

—Qué niñas? preguntó Juan Valjean.

Cuando Fauchelevent abría la boca para explicar la palabra que acababa de decir, se oyó una campanada.

—La religiosa ha muerto! exclamó. Ese es el toque que lo anuncia.

Hizo señal á Juan Valjean de que escuchara.

Se oyó otra campanada.

—Ese es el toque, señor Magdalena. La campana sonará así de minuto en minuto veinticuatro horas, hasta que saquen el cuerpo de la iglesia. En cuanto á las niñas, debeis comprender que han de jugar. En las horas de recreo hay pelotas que llegan hasta aquí, á pesar de las prohibiciones. Son diablos esos que rubines.

—De quién habláis?

—De las niñas. Os descubrirían en seguida y correrían gritando:—¡Aquí hay un hombre! ¡aquí hay un hombre!...

Pero por hoy no hay cuidado, porque no habrá hora de recreo. Consumirán el día rezando. Oís? Dá una campanada á cada minuto, como os dije.

—Comprendo; es que aquí hay colegialas.

Juan Valjean pensó para sí:—Aquí educarán á Cosette.

—Ya lo creo que hay colegialas! ¡Y que gritarian poco al veros!... Huirian como liebres asustadas. Aquí ser hombre es lo mismo que estar atacado de la peste. Ya veis que á mí me hacen llevar un cascabel.

Juan Valjean meditaba cada vez más ensimismado.

—Este convento nos salvará, murmuró entre dientes. Despues, levantando la voz, dijo:

—Pero lo difícil es permanecer aquí.

—No, contestó Fauchelevent; lo difícil es salir.

Juan Valjean sentia que le afluia toda la sangre al corazón, y exclamó:

—Salir!

—Sí, señor Magdalena; para volver á entrar es preciso que salgais. No deben encontraros aquí sin haberos visto entrar; porque, de dónde venís?... Para mí habeis caído del cielo, porque os conozco y sé quién sois; pero para las monjas es preciso que el que venga aquí entre por la puerta.

Oyóse en este momento un toque bastante complicado, en el que intervenia otra campana.

—Ah! dijo el jardinero; llaman á capítulo á las madres vocales. Siempre que muere alguna de ellas celebran capítulo. Ha muerto al amanecer, que es la hora en que se suele morir. Pero... ¿no podeis salir por donde habeis entrado? Veamos, y no os lo retraigo por preguntar: ¿por dónde habeis entrado?

Juan Valjean palideció. Solo la idea de volver á aquella terrible calle le hacia temblar. Salid de un bosque lleno de tigres, y estando ya fuera de él, pensad qué efecto os haria el consejo de un amigo que os invitara á volver á entrar en el bosque. Juan Valjean se imaginaba ver á la policia registrando el barrio, agentes espiando, centinelas en todas partes, horribles garras amenazando su cuello, y á Javert en el extremo de la encrucijada.

—Imposible! contestó; suponed que he caído del cielo.

—Sí... lo supongo, le dijo Fauchelevent; Dios os habrá cogido con las manos para miraros de cerca y despues os

habrá soltado. Pero querria llevaros á un convento de hombres y os dejó caer aquí por equivocacion. Ese toque que ahora se oye es para decir al portero que venga á la municipalidad, para que ésta avise al médico de los muertos y que venga á ver el cadáver. Estas son las ceremonias de costumbre, pero á las religiosas las disgustan esas visitas. Los médicos no creen en nada. ¡Qué prisa tienen esta vez de llamarle! ¿Por qué será?... Vuestra niña duerme. ¿Cómo se llama?

—Cosette.

—Es hija vuestra, ó sois su abuelo?

—Sí.

—Pues á ella le será fácil salir de aquí.

Hay una puerta de servicio que dá al patio. Llamo: el portero abre: llevo mi cesto á la espalda y dentro de él á la niña, y salgo. La advertireis que no se mueva ni tosa. Despues la deposito el tiempo que sea menester en casa de una frutera amiga mia, vieja y sorda. La gritaré al oído para decirle que es una sobrina mia, que me la guarde hasta mañana, y luego la niña entra aquí con vos, porque yo os facilitaré la entrada. Pero vos, cómo saldreis?

Juan Valjean movió la cabeza.

—Todo consiste en que nadie me vea. Ved si podeis proporcionarme como á Cosette un cesto con tapa, donde pueda meterme.

Fauchelevent se rascó el pezon de la oreja con el dedo del medio de la mano izquierda, signo evidente de apuro grave.

Se oyó un tercer toque.

—Ese toque indica que se vá el médico de los muertos. Habrá mirado el cuerpo de la monja, habrá dicho. Está muerta, y terminó su función. En cuanto el médico dá el pasaporte para el paraiso, la Administracion de pompas fúnebres envia un ataúd. Si murió una madre, la amortajan las madres; si es una hermana, las hermanas, y despues clavo yo la caja. Esto está incluido en mis obligaciones de jardinero, porque el jardinero de aquí tiene algo de sepulturero. Se deposita el cadáver en una sala baja de la iglesia, que dá á la calle, en la que no puede entrar más hombre que el médico de los muertos, porque no cuento como á hombres á los sepultureros ni á mí. En esa sala es donde clavo el ataúd. Los sepultureros vienen por ella. Trajeron una caja vacía y la sacan llena. Hé aquí cómo se entierran las monjas.

Un rayo horizontal de sol iluminaba el rostro de Cosette dormida, que entre-

abria vagamente la boca y parecia un ángel bebiendo la luz. Juan Valjean la contemplaba, sin escuchar ya á Fauchelevent. No ser escuchado no es una razon para callar. El jardinero continuó pacíficamente charlando:

—Abren la fosa en el cementerio Vaugirard, que, segun dicen, van á suprimirlo. Es un cementerio muy antiguo, que está fuera de los reglamentos, que no tiene uniforme y que vá á tomar el retiro. Es lástima, porque es muy cómodo. Allí está mi amigo el tío Mestienne, que es enterrador. Las monjas de este convento gozan del privilegio de ser enterradas al anochecer. Hay un decreto de la Prefectura extendido exprofeso para ellas. Cuántos acontecimientos desde ayer!... Ha muerto la madre Crucifixion. El señor Magdalena...

—Está enterrado, interrumpió diciendo Juan Valjean y sonriéndose.

Fauchelevent dió un salto al oír esta palabra.

—Diablo! realmente si os quedais aquí es como si os enterrasen.

En este momento se oyó un cuarto toque. Fauchelevent tomó con precipitacion del clavo la rodillera con el cascabel y se la puso en la pierna.

—Esta vez es el toque para mí. Me llama la madre priora. Señor Magdalena, no os movais de aquí y esperadme. Si teneis hambre, ahí encontrareis pan, vino y queso.

Salió de la casucha diciendo:

—Ya voy!... ya voy!...

Juan Valjean le vió atravesar el jardín tan de prisa como le permitia su pierna torcida, y mirando de soslayo al paso el melonar.

Diez minutos despues el tío Fauchelevent, cuyo cascabel hacia huir á las monjas, llamaba suavemente á una puerta, y una voz sonora le respondia:

—Por siempre, por siempre; es decir *entrad*.

Aquella puerta era la del locutorio, reservado al jardinero para las necesidades del servicio. El locutorio estaba contiguo á la sala del Capítulo. La priora, sentada en la única silla que allí habia, esperaba á Fauchelevent.

II.

Fauchelevent ante la dificultad.

Tener el aspecto agitado y grave es propio, en las ocasiones críticas, de ciertos caracteres y de ciertas pro-

fesiones, sobre todo es peculiar á los sacerdotes y á las religiosas. En el momento en que entró el jardinero en el locutorio, tenia impresa en la fisonomía esa doble señal de la preocupacion la priora, que era la alegre erudita señorita de Blemeur en el mundo y la madre Inocente en el claustro.

El jardinero saludó tímidamente y se quedó parado en el umbral de la puerta. La priora, que pasaba las cuentas del rosario, levantó la vista y dijo:

—Ah! sois vos, señor Fauvent?

Tal era la abreviacion del apellido del jardinero que habian adoptado en el convento.

—Os hice llamar.

—Aquí me teneis ya, reverenda madre.

—Tengo que hablaros.

—Yo tambien, contestó el jardinero, asustado de su propia audacia. Tambien tengo que decir algo á la reverendísima madre.

La priora le miró.

—Ah! teneis algo que comunicarme?

—He de haceros una súplica.

—Pues bien, hablad.

El buen hombre, el ex-curial, pertenecia á la categoría de los aldeanos que tienen mucho aplomo. Cierta hábil ignorancia es una fuerza; no se desconfia de ella y engaña. En poco más de dos años que Fauchelevent estaba en el convento, se habia captado el afecto de la comunidad. Siempre solitario y poniendo sus cinco sentidos en el jardín, no tenia en realidad otro quehacer que ser curioso. A la distancia que se encontraba siempre de todas aquellas mujeres, que iban y venian cubiertas con el velo, no podia ver ante sí más que una agitacion de sombras. A fuerza de atencion y de penetracion habia llegado á rellenar de carne aquellos fantasmas, y las muertas vivian para él. Era como un sordo cuya vista crece y como un ciego cuyo oído se aguza. Se dedicó á conocer la significacion de los diferentes toques de las campanas y lo habia conseguido; de modo que aquel claustro enigmático y taciturno no tenia nada oculto para él; la esfinge le charlaba al oído todos sus secretos. Fauchelevent, sabiéndolo todo, ocultaba que lo sabia. Este era su arte. Todos en el convento le creian estúpido, que es un gran mérito en religion.

Las madres vocales hacian caso del jardinero. A pesar de ser curioso era mudo, porque así inspiraba confianza. Además hacia las cosas con regularidad,

y solo salía de casa cuando lo exigían las necesidades del jardín. La discreción de sus salidas se le tenía muy en cuenta. Había conseguido hacer charlar á dos hombres: en el convento al portero, por el que sabía las particularidades del locutorio, y en el cementerio al enterrador, por cuyo medio sabía las particularidades de la sepultura; de ese modo sabía con respecto á las religiosas dos clases de noticias: una sobre la vida y otra sobre la muerte de ellas. Pero no abusaba de nada y por eso la congregación le estimaba. Por sus buenas cualidades de viejo, de cojo, de casi ciego y de casi sordo, difícilmente podía ser reemplazado.

El buen hombre, con el aplomo que dá el ser estimados, entabló frente á frente de la reverenda priora un discurso campesino muy difuso y muy profundo. Habló largamente de su edad, de sus enfermedades, del peso de los años, contando los dobles; de las crecientes exigencias del trabajo, de la extensión del jardín, de las noches que pasaba, como por ejemplo la última, en la que tuvo que cubrir con esteras los melones para evitar el efecto de la luna, y concluyó por decir que tenía un hermano (la priora hizo un movimiento), un hermano de edad madura (segundo movimiento de la priora, pero éste de tranquilidad), que si se le permitía podría venir á vivir con él y á ayudarle; que era excelente jardinero; que la comunidad podría aprovecharse de sus buenos servicios, más útiles que los suyos; que si no se admitía á su hermano, él, que era el mayor y estaba ya cascado é inútil para el trabajo, contra su voluntad quizá, se vería obligado á marcharse; que su hermano tenía una niña, que llevaría allí, que educaría en la casa de Dios, y quizás, quizás, llegaría un día á ser monja.

Cuando el jardinero terminó de hablar, la priora suspendió el pasar las cuentas del rosario y le preguntó:

—¿Podrías procuraros de aquí á la noche una barra fuerte de hierro?

—Para qué objeto?

—Para que sirva de palanca.

—Sí, reverenda madre, respondió Fauchelevant.

La priora, sin añadir una palabra más, se levantó y entró en la habitación contigua, que era la sala del Capítulo, donde probablemente estaban reunidas las madres vocales.

El jardinero se quedó solo.

III.

La madre inocente.

Transcurrió próximamente un cuarto de hora. La priora volvió y ocupó su silla.

Los dos interlocutores estaban preocupados. Estereotiparemos como mejor podamos el diálogo que entre ellos se entabló.

—Tío Fauvent!

—Reverenda madre!...

—Conoceis bien la capilla?

—Sí, porque tengo en ella una especie de nicho para asistir á la misa y á los oficios.

—¿Habeis entrado alguna vez á hacer alguna obra en el coro?

—Dos ó tres veces.

—Se trata de levantar una losa.

—Pesada?

—La losa del suelo que está junto al altar.

—La que cierra la bóveda?

—Sí.

—Es un trabajo para el que se necesitarán dos hombres.

—La madre Ascension, que es fuerte como un hombre, os ayudará.

—Una mujer nunca es un hombre.

—Pues solo puede ayudaros una mujer: porque Mobillon incluía cuatrocientas diez y siete epístolas de San Bernardo y Merlonius Horstius no más que trescientas sesenta y siete, yo no desprecio á Merlonius Horstius.

—Ni yo tampoco.

—El mérito consiste en que cada uno trabaje según sus fuerzas. El claustro no es un taller.

—Ni una mujer es un hombre. ¡Mi hermano sí que es fuerte!...

—Además tendreis una palanca.

—Es la única llave posible para semejantes puertas.

—La losa tiene un anillo.

—Pasaré por él la palanca.

—La piedra está colocada de modo que puede girar.

—Está bien, reverenda madre, abriré la bóveda.

—Las cuatro madres cantoras os ayudarán.

—Y cuando esté abierta la cueva?

—Será preciso volverla á cerrar.

—Nada más?

—Sí, queda algo que hacer.

—Dadme vuestras órdenes, reverenda madre.

—Fauvent, tenemos la confianza depositada en vos.

—Estoy aquí para obedeceros.

—Y para guardar el secreto.

—Sí, reverenda madre.

—Cuando esté abierta la bóveda...

—La volveré á cerrar.

—Pero antes...

—Qué, reverenda madre?

—Es preciso bajar á la cueva algo.

Hubo una pausa en el diálogo. La priora, después de hacer un gesto con el labio inferior, como titubeando, rompió el silencio:

—Tío Fauvent!

—Reverenda madre!

—¿Sabeis que ha muerto una madre esta madrugada?

—No.

—No habeis oído la campana?

—Desde mi casucha no se oye nada.

—De veras?

—Apenas oigo mi toque.

—Ha muerto al romper el día.

—Además, esta mañana tenía el viento contrario.

—Murió la madre Crucifixion, que era una bienaventurada.

La priora dejó de hablar, movió durante algunos minutos los labios, como si hiciese oración mental, y luego continuó:

—Hace tres años, solo por haber visto rezar á la madre Crucifixion la señora de Beltune, que era jansenista, se convirtió en ortodoxa.

—Ahora sí que oigo el toque, reverenda madre.

—Las madres la han llevado al depósito de muertos que dá á la iglesia.

—Ya sé dónde es.

—Ningun hombre más que vos puede y debe entrar en el depósito. Vigilad bien. ¡Tendría que ver que entrase un hombre en el depósito de los muertos!

—Con más frecuencia.

—Eh?

—Con más frecuencia.

—¿Qué decís?

—Digo que con más frecuencia.

—Con más frecuencia quién?

—Reverenda madre, no digo con más frecuencia quién, sino con más frecuencia.

—No comprendo, pues, por qué decís con más frecuencia.

—Por decir lo mismo que vos, reverenda madre.

—Yo no he dicho con más frecuencia.

—No lo dijisteis, pero yo lo dije por

VOS.

TOMO II.

En este momento dieron las nueve. —A las nueve de la mañana y á todas horas, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar, dijo la priora.

—Amén, contestó el jardinero.

La hora dió oportunamente para cortar el enredo del *con más frecuencia*, que es probable que sin esta interrupción, ni la madre Inocente ni Fauchelevant hubieran podido desenredar la madeja.

El jardinero se enjugó la frente.

—Hizo en vida muchas conversiones la madre Crucifixion: después de muerta probablemente hará milagros.

—Los hará! contestó Fauchelevant, poniendo los pies en firme para no volver á tropezar.

—La comunidad ha sido bendecida en la muerte de la madre Crucifixion. No todo el mundo consigue morir como el cardenal de Berulle celebrando la Santa Misa y exhalar el alma hasta Dios pronunciando estas palabras: *Hanc igitur oblationem*; pero sin conseguir tanta dicha, la madre Crucifixion ha tenido una muerte envidiable. Conservó el conocimiento hasta su último instante. Empezó hablando con nosotras y terminó hablando con los ángeles. Nos ha dado sus últimas órdenes. Si tuviérais más fé y hubiérais estado en su celda, os hubiera curado la pierna solo tocándola. Se sonreía pensando que iba á resucitar en Dios. Su muerte ha sido como una gloria.

—Amén, contestó el jardinero, creyendo que la priora concluía una oración.

—Tío Fauchelevant, es preciso cumplir la última voluntad de los moribundos.

La priora pasó algunas cuentas del rosario. El jardinero callaba. Ella prosiguió:

—He consultado sobre este punto con muchos eclesiásticos que cultivan la viña del Señor, que se ocupan en el ejercicio de la vida clerical y que recogen admirables frutos.

—Reverenda madre, desde aquí se oyen las campanas mucho mejor que desde el jardín.

—Además, la muerta es una santa.

—Como vos, reverenda madre.

—Se acostaba en el ataúd hacia ya más de veinte años, con licencia expresa del Santo Padre Pío VII.

—El que coronó al em... á Bonaparte.

Era indiscreto este recuerdo, traído por un hombre tan hábil como Fauchelevant; afortunadamente la priora, preocupada con su idea fija, no lo oyó.

—Tío Fauvent! le dijo.
 —Reverenda madre!
 —San Diodoro, arzobispo de Capadocia, quiso que en su sepultura solo se escribiese esta palabra: *Acarus*, que significa gusano, y así se hizo. ¿No es verdad?
 —Sí, reverenda madre.
 —El bienaventurado Mezzocane, obispo de Aquila, quiso ser inhumado bajo la horca, y así se hizo.
 —Es verdad.
 —San Terencio, obispo de Porto, en la embocadura del Tíber en el mar, pidió que se grabase en su sepulcro el signo que se ponía en la sepultura de los parricidas, con la idea de que los transeuntes escupiesen su tumba. Y así se hizo, porque es necesario obedecer á los muertos.
 —Amén.
 —El cuerpo de Bernardo Guidomis, hijo de Francia, como él dispuso y á pesar de la oposicion del rey de Castilla, fué trasladado á la iglesia de los Dominicos de Limoges, á pesar de haber sido Bernardo Guidomis obispo de Tuy en España. ¿Puede probarse lo contrario?
 —No, reverenda madre.
 —Atestigua este hecho Plantavit de la Fosse.
 La priora volvió á pasar silenciosamente algunas cuentas del rosario, y despues repuso:
 —La madre Crucifixion será enterrada en el ataud en que ha dormido veinte años.
 —Es justo.
 —Como si continuase su sueño.
 —¿La encerraré en ese ataud y despues lo clavaré?
 —Sí.
 —¿Prescindiremos de la caja de las pompas fúnebres?
 —Precisamente.
 —Estoy á las órdenes de la reverendísima comunidad.
 —Las cuatro madres cantoras os ayudarán.
 —Para clavar el ataud no las necesito.
 —No, os ayudarán á bajarla.
 —A dónde?
 —A la cripta.
 —¿Qué cripta?
 —Debajo del altar.
 Fauchelevent dió un brinco.
 —Hay que enterrarla bajo el altar?
 —Sí.
 —Pero...

—Llevareis una barra de hierro.
 —Sí, pero...
 —Levantareis la losa metiendo la barra en el anillo.
 —Pero...
 —Es preciso cumplir la voluntad de los que mueren. El deseo supremo de la madre Crucifixion es ser enterrada en la cripta, debajo del altar de la capilla, no ir á parar á tierra profana, y habitar muerta en el sitio donde rezó cuando vivía. Así nos lo ha pedido, es decir, nos lo ha mandado.
 —Pero eso está prohibido.
 —Lo prohiben los hombres, pero lo ordena Dios.
 —Si lo llegan á averiguar...
 —Nos inspirais mucha confianza.
 —Oh! yo soy mudo como las tapias del convento.
 —Está reunido el capítulo. Acabo de consultar con las madres vocales, que aun están deliberando, y han decidido que la madre Crucifixion sea enterrada en su ataud, debajo del altar, cumpliendo de este modo su voluntad. Figuraos que llegue á hacer milagros aquí. ¡Qué gloria para la comunidad! Los milagros salen de los sepulcros.
 —Pero, reverenda madre, si el inspector de la comision de Salubridad...
 —San Benedicto II, en materia de sepulturas, se opuso á Constantino Pogonato.
 —Sin embargo, el comisario de policía...
 —Chonodemaire, uno de los siete reyes alemanes que entraron en las Galias durante el imperio de Constantino, reconoció expresamente el derecho que asiste á los religiosos á ser enterrados en religion, esto es, debajo del altar.
 —Pero el inspector de la Prefectura...
 —El mundo nada vale ante la Cruz. Martin undécimo, general de los cartujos, dió á su orden esta divisa: *Stat crux dum volvitur orbis*.
 —Amén, contestó Fauvent, que seguia imperturbablemente su costumbre de esquivar la cuestion siempre que oia hablar en latin.
 El que ha callado durante mucho tiempo necesita un auditorio cualquiera. Cuando el retórico Gymnastoras salió de la cárcel, llevando dentro del cuerpo muchos dilemas y silogismos trasnochados, se puso ante el primer árbol que encontró al paso, le arengó é hizo grandes esfuerzos para convencerle.
 La priora, habitualmente condenada al silencio, estaba demasiado llena de

ideas; se levantó y exclamó, con la afluencia de una compuerta que se levanta:
 —A la derecha tengo á Benito y á la izquierda á Bernardo; ¿quién es Bernardo? El primer abad de Clairvaux, Fontaines, en Borgoña; es un pais bendito solo porque le vió nacer. Su padre se llamaba Tecelino y su madre Alche. Principió en el Císter para llegar á Clairvaux. Le ordenó de abad el obispo de Chalon-sur-Saone, Guillermo de Champagneaux. Tuvo setecientos novicios y fundó ciento sesenta monasterios; hundió á Abelardo en el Concilio de Sens, en 1140; á Pedro de Bruys y á Enrique su discípulo, y á otra secta de extraviados que se llamaban apostólicos; confundió á Arnaldo de Brescia; hizo sucumbir al monje Raul, matador de judíos; dominó en 1148 el Concilio de Reims; hizo condenar á Gilberto de la Porée, obispo de Poitiers, y á Eon de la Estrella; arregló las diferencias de los príncipes; ilustró al rey Luis el Joven; aconsejó al papa Eugenio III; reglamentó el Temple; predicó la Cruzada; hizo doscientos cincuenta milagros en vida, treinta y nueve en un dia solo.—Quién es Benito? El patriarca de Monte-Casino, el segundo fundador de la santidad claustral, el Basilio del Occidente. De su orden han salido cuarenta Papas, doscientos cardenales, cincuenta patriarcas, mil seiscientos arzobispos, cuatro mil seiscientos obispos, cuatro emperadores, doce emperatrices, cuarenta y seis reyes, cuarenta y una reinas, tres mil seiscientos santos canonizados, y su orden subsiste aun despues de cuatro mil cuatrocientos años. ¡A una parte tenemos á San Bernardo y á la otra el agente de la Salubridad pública! ¡A una parte tenemos á San Benito y á la otra el inspector de las calles! El Estado, la policía urbana, las pompas fúnebres, los bandos; ¿qué tenemos que ver con todo eso? Indigna ver cómo se nos trata. Ni aun nos dejan el derecho de entregar nuestros cadáveres á Jesucristo. El descubrimiento de la salubridad pública es una invencion revolucionaria; es subordinar Dios al comisario de policía. Este es el siglo! Silencio, Fauvent.
 El jardinero no se encontraba bien teniendo que sufrir semejante ducha. La priora continuó:
 —El derecho del monasterio á la sepultura no debe ser dudoso para nadie. Solo pueden negarle los fanáticos ó los extraviados. Vivimos en tiempos de horrible confusion. Se ignora lo que se debia saber y se sabe lo que se debiera ignorar. Nos dominan la ignorancia y la impiedad. Hay en esta época gentes que no saben distinguir al grandísimo San Bernardo del Bernardo que se llamaba de los pobres católicos, y era un infeliz eclesiástico que vivía en el siglo trece. Hay quien blasfema hasta el extremo de comparar el cadalso de Luis XVI con la cruz de Jesucristo; Luis XVI no era más que un rey. No encolericéis á Dios. No hay ya nada justo ni injusto. Conocen el nombre de Voltaire y no saben quién era César de Bus, y sin embargo, es un bienaventurado César de Bus y un desventurado Voltaire. El cardenal de Perigord no sabia que Carlos de Gondreu sucedió á Berrulle y Francisco Bourgoin á Gondreu, y Juan Francisco Senault á Bourgoin y el padre Santa-Marta á Juan Francisco Senault. Se conoce al padre Cotton, no porque haya sido uno de los tres que contribuyeron á la fundacion del Oratorio, sino porque fué el motivo para que pronunciara sus juramentos el rey hugonote Enrique IV. Lo que dá pié para que sea grato á las gentes del siglo San Francisco de Sales es que sabia hacer juegos de manos. Se ataca tambien á la religion; por qué? Porque han existido malos sacerdotes; porque Sagitario, obispo de Gap, era hermano de Salone, obispo de Embrum, y ambos siguieron á Mommol. ¿Y qué importa eso? Eso no impidió que Martin de Tours fuese un santo y diese á un pobre la mitad de su capa. Persiguen á los santos. Se cierran los ojos á la verdad. Los animales más feroces son los animales ciegos. Nadie piensa en que existe el infierno. Para el pícaro pueblo, rey significa revolucion. Ya no se sabe lo que se debe á los vivos y á los muertos. Está prohibido morir santamente. El sepulcro es un asunto civil. Esto causa horror. San Leon X escribió dos cartas, una á Pedro Notario y otra al rey de los visigodos, para combatir y rechazar, en todas las cuestiones que hacen referencia á los muertos, la autoridad del exarca y la supremacía del emperador. Gautier, obispo de Chalons, se opuso en esta cuestion al duque de Borgoña. La antigua magistratura estaba conforme con esto. En otros tiempos teníamos voz en el Capítulo hasta para los asuntos del siglo. El abad del Císter, general de la orden, era consejero nato del Parlamento de Borgoña. Enterrábamos nuestros cadáveres donde queríamos. El cuerpo del mismo San Benito está en Francia, en la aba-

día de Henrig, llamada de San Benito del Loira, aunque murió en Italia, en Monte-Casino, el 21 de Marzo del año 543. Todo esto es incontestable. Aborrezco á los herejes, pero aun aborreceria más al que me sostuviera lo contrario. Basta leer, para convencerse de lo que digo, á Arnaldo Wion, á Gabriel Buce- lin, á Tritemio, á Maurólico y á Lucas de Achery.

La priora concluyó su interminable parlamento; respiró cortos instantes, y volviéndose luego al jardinero, le preguntó:

—Conque estamos de acuerdo?

—Sí, reverenda madre.

—¿Puedo contar con vuestra obediencia?

—Obedeceré.

—Está bien.

—Estoy enteramente consagrado al convento.

—Pues no se hable más. Cerrareis el ataúd. Las hermanas lo llevarán á la capilla; rezarán el oficio de difuntos y despues se volverán al claustro. A las once y media vendreis con la barra de hierro. Todo se ejecutará con gran secreto. En la capilla solo entrarán las cuatro madres cantoras, la madre Ascension y vos.

—Y la monja que está en el poste?

—No volverá la cabeza.

—Pero oirá.

—No escuchará. Además, lo que sabe el claustro lo ignora el mundo.

Hubo una pausa; la priora continuó:

—Os quitareis el cascabel. La monja que esté en el poste no debe enterarse de que habeis entrado allí.

—Reverenda madre!

—Qué se os ocurre?

—¿Hizo ya la visita el médico de los muertos?

—La hará hoy á las cuatro. Ya ha sonado el toque que manda llamarle. Pero, qué no oís ningun toque?

—Solo hago caso del mio.

—Muy bien hecho.

—Reverenda madre, se necesita una palanca de seis piés lo menos.

—De dónde la sacareis?

—Donde hay rejas nunca faltan barras de hierro. Tengo un monton de ellas en un rincon del jardin.

—Habeis de acudir antes que sea media noche: no lo olvideis.

—Reverenda madre!

—Qué?

—Si necesitais alguna vez algun tra-

bajo como este, mi hermano tiene una fuerza colosal.

—Ejecutadlo todo con presteza.

—No puedo apresurarme. Estoy tan delicado que me serviria mucho un auxiliar. Cojeo.

—Ser cojo no es una desgracia; es quizás una bendicion. El emperador Enrique II, que combatió al anti-papa Gregorio y que restableció en la Santa Sede á Benedicto VIII, tiene dos sobrenombres: se llama el Santo y el Cojo.

—Bueno es tener dos sobretodos, murmuró Fauchelevant, que era algo duro de oido.

—Estoy pensando en que de ese modo debemos tomarnos una hora entera, y no será demasiado. Estareis á las once al lado del altar mayor con la barra de hierro. El oficio empezará á media noche, y es preciso que se ejecute todo un cuarto de hora antes.

—Pues bien; así quedamos. Clavaré el ataúd y á las once en punto estaré en la capilla. Me esperarán ya allí las madres cantoras y la madre Ascension. Dos hombres seria mejor; pero en fin, no importa: llevaré la palanca. Abriremos la bóveda, bajaremos el ataúd y volveremos á cerrarla. No dejaremos rastro alguno. El Gobierno ni lo sospechará. Queda de ese modo arreglado todo?

—No.

—Pues qué falta?

—Falta el ataúd vacío.

Hubo otra pausa. Fauchelevant meditaba y la priora tambien.

—Tío Fauvent, quéharemos del ataúd?

—Lo enterraremos.

—Vacío?

Otra pausa. El jardinero hizo con la mano izquierda ese movimiento que parece que dá por terminada una cuestion enfadosa.

—Reverenda madre; yo soy el que he de clavar el ataúd en el depósito de la iglesia; nadie puede entrar allí más que yo, que le cubriré con el paño mortuario.

—Sí; pero los que le lleven al carromato y lo bajen en la fosa conocerán por el peso que no hay nada dentro.

—Ah, *diá...*! exclamó Fauchelevant.

La priora empezó á santiguarse y miró fijamente al jardinero. El *blo* se le quedó en la garganta. Se apresuró á encontrar un expediente para hacerla olvidar su juramento.

—Reverenda madre, llenaré de tierra el ataúd y parecerá que lleva un cuerpo dentro.

—Teneis razon. La tierra y el hombre

son una misma cosa. ¿De modo que arreglareis el ataúd vacío?

—Sí; eso corre de mi cuenta.

La fisonomía de la priora, que estaba hasta entonces turbada y sombría, se serenó. Hizo al jardinero la seña del superior que despide al inferior, y éste se dirigió á la puerta para salir. Entonces la priora levantó suavemente la voz y le dijo:

—Estoy satisfecha de vos. Mañana, despues del entierro, presentadme á vuestro hermano y que venga acompañado de la niña.

IV.

De como Juan Valjean parece que haya leido á Agustín Castillejo.

Los pasos del cojo son como las miradas del tuerto, no llegan pronto al sitio que se dirigen. Además, Fauchelevant estaba perplejo. Empleó cerca de un cuarto de hora en llegar á la casucha del jardin. Cosette estaba despierta. Juan Valjean la habia sentado cerca de la lumbre, y cuando entró el jardinero le estaba enseñando la cesta de éste, que estaba colgada á la pared, y le decia:

—Escúchame bien, Cosette. Es preciso que salgamos de aquí, pero volveremos y estaremos aquí muy bien. El amigo que aquí vive te llevará á cuestras dentro de esa cesta. Tú me esperarás en casa de una señora, adonde yo iré á buscarte. Pero si no quieres que te atrape la Thenardier, obedece y no digas ni una palabra.

Cosette contestó afirmativamente, haciendo un grave movimiento de cabeza.

Al ruido que hizo Fauchelevant al abrir la puerta, volvió la cabeza Juan Valjean y le preguntó:

—Y qué?

—Todo está arreglado y no lo está. Conseguí el permiso para que entreis, pero antes es preciso haceros salir. Aquí es donde se atasca la carreta. En cuanto á la niña, es muy fácil.

—La llevareis en el cesto?

—Se callará?

—Sí, yo respondo.

—Pero y vos, señor Magdalena?

Despues de un silencio lleno de ansiedad, exclamó:

—¿Qué diablo, salid por donde habeis entrado!

Juan Valjean se limitó á contestar como la primera vez:

—Imposible!

Fauchelevant, hablando consigo mismo más que con Juan Valjean, murmuró:

—Hay otra cosa que me atormenta. He dicho que llenaré de tierra el ataúd, y ahora estoy pensando que llevando tierra no van á creer que llevan un cadáver, porque ésta se moverá y se correrá y los hombres lo conocerán. Ya comprendéis, señor Magdalena, que esto puede llegar á oídos del Gobierno.

Juan Valjean le miró con fijeza, creyendo que deliraba.

Fauchelevant continuó:

—Cómo vais á salir? ¡Y es preciso que sea de hoy á mañana! Mañana os he de presentar á la priora: así hemos quedado.

Entonces explicó á Juan Valjean que habia conseguido eso como recompensa por un servicio que iba á prestar á la comunidad. Que en sus atribuciones habia alguna de sepulturero; que clavaba el ataúd y ayudaba al enterrador; que la religiosa que murió por la mañana quiso ser enterrada en el ataúd que le servia de lecho y sepultada en la bóveda, debajo del altar de la capilla; que esto estaba prohibido por los reglamentos de policia, pero que la monja era una de esas muertas á las que nada puede negarse; que la priora y las madres vocales querian cumplir la voluntad de la difunta; que él clavaría el ataúd en la celda, levantaria la losa de la capilla y bajaria el cadáver á la bóveda; que para recompensarle, la priora admitia á su hermano de jardinero y á la niña de educanda; que su hermano era el señor Magdalena y la sobrina Cosette, y que la priora le habia dicho que le presentase á su hermano al dia siguiente por la tarde, despues del falso entierro en el cementerio. Pero que él no podia hacer entrar al señor Magdalena si éste no estaba fuera. Esta es la primera dificultad, y la segunda que quedaba un ataúd vacío.

—Qué ataúd es ese? preguntó Juan Valjean.

—El ataúd de la Administracion.

—Qué Administracion es esa?

—Cuando muere una monja viene un médico del Ayuntamiento y dice:—Ha muerto una monja. El Gobierno envia un ataúd; al otro dia un carro fúnebre y sepultureros para que carguen con el ataúd y lo lleven al cementerio. Vendrán los sepultureros, levantarán la caja y estará vacía.

—Pues meted en ella cualquier cosa.

—No tengo ningun muerto.